

Pilar en la memoria

Aquel curso escolar de 1970 en la Escuela Normal “Nebrija” de Sevilla no había hecho más que empezar. En el ajeteo de los primeros días, un pequeño grupo de alumnos del segundo año, nos habíamos quedado retadora y ruidosamente en la puerta del aula esperando a la nueva profesora, mientras que el resto hacía ya tiempo que permanecía en el interior.

Con paso firme y desde el fondo del pasillo nos hizo señas con la mano para que entráramos, pero nosotros seguimos con nuestra desafiante actitud intentando hacernos visibles y afirmando el adolescente y no menos ridículo deseo de mostrarnos poderosos. Ella con una leve y tierna sonrisa que jamás olvidaré, nos saludó como si nada sucediera y con una voz cálida y susurrante casi nos suplicó que la acompañáramos y le lleváramos su pesada cartera. Sin darnos cuenta, fuimos entrando en clase movidos por una fuerza misteriosa y creadora de expectativas que milagrosamente, en muy poco tiempo, nos había hecho cambiar de conducta sin amonestarnos ni pedirnos nada.

Su pequeña figura toda vestida de negro y unas grandes gafas oscuras que hacían inaccesibles sus ojos, nunca impidieron que su mirada y su humilde expresión nos permitieran entender lenguajes que no podían expresarse en el programa oficial de la asignatura. Por ello, a medida que fue pasando el curso y gracias a las sencillas y afectuosas palabras que dirigía a cada uno de nosotros en particular, fui adquiriendo con ella una especial complicidad que me enseñó a darme cuenta por mí mismo, de cuando una conversación, un texto, un tema o un concepto podía considerarse placentero y bien elaborado. O de cómo en la base de cualquier adquisición intelectual había siempre mucho más que la mera observación analítica y racionalizadora.

Curiosamente y mientras el corpulento y autoritario director de aquella Escuela Normal diariamente protestaba por lo más insignificante, lo que para él eran intolerables faltas de respeto, a Pilar¹, mi profesora de Didáctica, jamás le oímos decir nada acerca de los comentarios y bromas que los alumnos hacíamos de su figura. Es más, ahora, después de casi cuarenta años de aquel hermoso y educativo curso de Didáctica General, pienso que la actitud de Pilar era toda una elaborada estrategia para seducirnos y hacernos placentero nuestro aprendizaje del oficio de enseñar, y ello, aún a riesgo de su propia imagen frente a los alumnos.

Nuestra primera sorpresa fue su propia manera de presentarse y plantearnos la asignatura. Nos dijo simplemente su nombre y a continuación nos trasladó al aula en la que siempre estaríamos. Mi asombro fue doble, porque de una parte era la primera vez que una profesora nos pedía que la tratáramos como una compañera más de curso y por otra porque aquel aula, no era una clase normal con mesas y sillas individuales ordenadas en filas, parecía más bien la sala de lectura de una biblioteca o el relajado salón de la cafetería de la Escuela. Distribuidas por la clase, seis o siete grandes mesas con varias sillas alrededor, y en las paredes, dos grandes estanterías,

¹ Pilar Vázquez Labourdette, fue Licenciada en Pedagogía y profesora de la Escuela Normal “Nebrija” de Sevilla (España) y posteriormente de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Con una profunda formación en el ámbito de la Autogestión Pedagógica, la Pedagogía Institucional, la Organización Escolar y la Didáctica General, formación que en gran parte obtuvo durante su estancia en París en 1968, toda su vida la dedicó a la formación del profesorado. Jamás se doblegó a las exigencias burocráticas del mundo académico, lo cual le trajo no poco disgustos y dificultades. Defendió permanentemente con su práctica dentro y fuera del aula, el protagonismo de los alumnos, la enseñanza activa, la unidad de la enseñanza y el aprendizaje y el compromiso personal con la educación como necesidad básica para la construcción de una sociedad más libre, justa y humana. Dado que no dedicó su vida al carrerismo, ni a la meritocracia, ni a la conquista del poder, pasó siempre desapercibida, por ello, deseo hacer patente aquí y ahora, aunque de forma póstuma ya que hace muchos años que nos abandonó, mi más sincera admiración y agradecimiento por su labor y la de todas aquellas profesoras, que entregaron lo mejor de sus vidas por una educación al servicio de necesidades auténticamente humanas.

que, aunque al principio estaban casi vacías, en muy poco tiempo se fueron llenando de libros y trabajos que nosotros mismos realizábamos.

Que recuerde, jamás le oí una disertación o explicación magistral que durase más de diez o quince minutos o que no estuviese precedida de una petición expresa de los alumnos, pero puedo atestiguar igualmente, que lo que a ella realmente le gustaba era dirigirse a cada uno de nosotros en particular intentando ayudarnos para que con nuestros propios recursos elaborásemos el tema de estudio. Sin nuevas tecnologías y sin apenas medios materiales, puedo asegurar que todas y todos los que allí estábamos, éramos realmente los constructores de nuestro propio conocimiento y Pilar no solamente fue nuestra mediadora y nuestra maestra, sino sobre todo, para algunos como yo, la plataforma en que apoyarse para desarrollarnos plenamente como personas y aprender de la propia práctica.

Nuestro trabajo era relativamente sencillo. Pilar nos había estructurado el curso en ocho o nueve unidades, que coincidían con cada uno de los meses del año escolar. Por cada unidad nos proponía una serie de textos a leer y unas actividades individuales y en pequeño grupo, preceptivas algunas y libres la mayoría, actividades que nos permitían analizar con detalle las ideas fundamentales de cada texto, de las que teníamos que realizar la crítica y deducir las aplicaciones prácticas. El trabajo de Pilar, además de la preparación y diseño de las unidades, consistía en observar nuestro trabajo y atender las peticiones individuales que nosotros le hacíamos, o bien aclarar colectivamente alguna cuestión que se había repetido en el resto de los grupos. Al final de la semana utilizábamos media jornada para la llamada “*Puesta en común*” en la que cada uno de los grupos de alumnos explicaba a los demás no solamente lo que había aprendido y las dudas que había tenido a lo largo de la semana, sino también las quejas, reclamaciones y errores que se habían producido, especialmente las relacionadas con nuestra propia conducta y por supuesto la de la profesora.

No había cosa que más le gustase a Pilar que la “*Puesta en común*”, sobre todo cuando entrábamos en la discusión y el análisis de nuestra propia conducta individual, como pequeño grupo y como gran grupo. Aunque al principio muchas veces la vi demasiado callada y apesadumbrada por la actitud pasiva y obediente de la mayoría de los alumnos, conforme fue avanzando el curso pude comprobar que expresaba más abiertamente sus emociones y esto a pesar de que tenía muy asumido su papel no-directivo.

Ella observaba siempre sin interpretar y al final procuraba devolvernos en palabras lo más descriptivas posibles, los hechos sucedidos. De esta manera fuimos capaces de tomar distancia y descubrir las causas de nuestros errores ya fueran de estudio o de conducta. Era tan paciente y humilde que a veces me exasperaba su manera de soportar las críticas y provocaciones que algunos de nosotros le lanzábamos. Ahora sé que aquella conducta de Pilar era todo un cariñoso y tierno repertorio de estímulos para que asumiéramos el protagonismo y las riendas de nuestras decisiones individuales y grupales, repertorio que estaba fundado en un conocimiento exhaustivo y práctico de variadas técnicas de dinámica de grupo.

Aquella manera de trabajar con autonomía y libertad nos permitía a todos los jóvenes que allí estábamos sentirnos plenamente protagonistas de nuestro propio aprendizaje al mismo tiempo que aprendíamos a leer, a estudiar, a dialogar, a expresarnos y a hablar en público. Pero también nos servía para comprometernos con el grupo; aprender a criticar y analizar la propia realidad y la propia práctica escolar; a debatir sobre temas sociales y educativos de actualidad; a madurar en suma como personas. Una metodología que se conoció y se conoce en todo el mundo como “*Educación Personalizada*” utilizándose en diversas Escuelas Normales de España, desde finales de los años sesenta del pasado siglo hasta mediados de los setenta y a partir de esas fechas se desechó, para ser sustituida por lo de siempre: la tradicional explicación del profesor, la toma

de apuntes y el examen, no obstante, sigue vigente en los proyectos de numerosos centros educativos.

Pilar concedía un valor trascendental a la metodología porque decía que “*el medio es el mensaje*”, es decir, que los medios, recursos y técnicas utilizadas para enseñar tienen que ser coherentes con los objetivos formativos o educativos que se pretenden, además de que la práctica y solo la práctica es la que hace buena o mala cualquier intención, teoría o metodología educativa. Por eso cuando casi diez años más tarde volví a encontrar a Pilar en la Facultad de Ciencias de la Educación me dijo que con lo que habíamos aprendido en aquel curso de 1970/71, no era necesario que asistiese a ninguna de las clases que se impartían en aquel momento en la Facultad, ya que las exigencias académicas podía fácilmente satisfacerlas por mi cuenta sin necesidad de escuchar discursos sobre lecturas que yo podía hacer por mí mismo.

A lo largo de más de cuarenta años, he tenido la oportunidad de comprobar, como la mayoría de las aulas de nuestras escuelas, institutos y de las actuales “Facultades de Ciencias de la Educación” se han convertido en espacios muertos en los que no es posible el movimiento, la comunicación, la lectura, el trabajo personal y en grupo, ni tampoco las “*Asambleas de clase*” y las “*Puestas en común*” que yo afortunadamente tuve la oportunidad de vivir. He verificado como mi propia hija ha sido formada como profesora a base de discursos y como el alumnado se dedica generalmente a desarrollar estrategias de supervivencia haciendo lo mínimo para satisfacer la demanda del examen. Infelizmente he constatado como la maquinaria académica y burocrática ha ido laminando, marginando y haciendo sufrir al profesorado más creativo y comprometido. Por eso, ahora es cuando realmente me doy cuenta y tomo plena conciencia del extraordinario valor educativo y personal que tuvo el trabajo de Pilar y el de otras profesoras y profesores, que como ella, entregaron lo mejor de sus vidas a unos desorientados adolescentes que procedentes de las clases populares acudían a las Escuelas Normales buscando, la realización de un deseo unos, o una tabla de salvación para abrirse paso ante la imposibilidad material de realizar otros estudios otros.

Fueron aquellas profesoras y profesores de finales de la década de los sesenta y principios de los setenta del pasado siglo en España, las que pusieron en marcha, tal vez sin ser plenamente conscientes de ello, procesos de desarrollo personal y de construcción social que se concretaron en muchos de nosotros en compromisos profesionales y sociales fuertemente cargados de contenidos democráticos. Visto desde hoy, cuando mercado, patriarcado, tecnocracia y burocracia han hecho de la formación del profesorado una ridícula pantomima dirigida a suministrar informaciones que nada aportan a la satisfacción de las necesidades educativas actuales, aquel extraordinario y entusiasmado esfuerzo de profesoras y profesores como Pilar, no solamente sigue siendo un modelo educativo válido, sino que además, dados los procesos biográficos, relacionales y sociales que desencadenaron, pueden hoy servirnos, mediante su recreación y re-construcción, incluso para el diseño de nuevos paradigmas educativos.

Trabajo individual y elaboración colectiva; reflexión personal y diálogo abierto; compromiso personal y vinculación grupal; crítica y autocrítica; estudio riguroso e investigación interdisciplinar; asambleas, puestas en común, trabajo en equipo y reuniones de todo tipo. Un esfuerzo continuado movido por unas profundas convicciones democráticas y por una apasionada entrega al placer del encuentro humano, al aprendizaje dialógico, al deleite de la expresión abierta de las emociones y apostando siempre por nuevos caminos y estrategias en los que pudiéramos ser más personas y todo ello en difíciles tiempos de dictadura y de estados de excepción, con escasez, cuando ni existían libertades democráticas, ni nuevas tecnologías de la información.

Fueron tantas y tan hermosas las lecciones que nos regaló Pilar, aquella humilde y sabia profesora que siempre se negó a adaptarse a las exigencias de las burocracias académicas, que hoy, y aun contando con toda la literatura pedagógica de la que actualmente disponemos y todos

los medios técnicos a nuestro alcance, creo sinceramente que la formación que los jóvenes de mi generación tuvimos la suerte de recibir en aquella Escuela Normal de Sevilla de profesoras como Pilar, ha sido realmente insuperable.